

PALABRAS DE LA EXCMA. SRA. CONSEJERA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA, D.^a INMACULADA ROMACHO ROMERO

Constituye para mí un honor y una satisfacción compartir con todos ustedes este Acto de Apertura del Curso 1995-96 de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Y es una buena ocasión para reflexionar acerca del papel y la misión que esta institución, junto con el resto de Academias de Andalucía y también las correspondientes de nuestro país, ha de representar y cumplir en una sociedad de finales del siglo XX.

Estamos viviendo un momento histórico de transición cultural desde un modelo de sociedad industrial a la denominada "sociedad del conocimiento", en la cual la información en todas sus dimensiones constituye la materia prima de todo posible desarrollo y el camino que conduce claramente al futuro.

Como toda época de cambio, la nuestra exige una dosis mayor de creatividad y de audacia para encarar positiva y abiertamente el lógico reajuste de valores que trae consigo una transformación histórica de este calibre. Y aquí es donde, a mi parecer, la labor de la Academia resulta no ya necesaria, sino imprescindible.

Lo que caracteriza a las Academias, ya desde los precedentes de su formación en pleno Renacimiento, es su condición de foro consagrado a la libre expresión del pensamiento.

Aquellas tertulias o espontáneas reuniones de personas afines por sus intereses literarios y científicos comenzaron a tener resonancia social gracias al prestigio personal de sus componentes y al ideal al que trataban de dar vida, recuperando la pasión por el conocimiento que caracterizó a la antigua Academia griega fundada por Platón en Atenas, en el año 387 antes de nuestra era.

Las Academias, pues, surgen como lugar de esparcimiento intelectual, literario y científico, pero también, con una vocación de servir como fermento de un renacer de las artes y las letras en la sociedad del momento.

El auténtico despegue de las Academias y su consolidación como instituciones, con un estatuto muy similar al que gozan hoy en día, tuvo lugar a finales del

siglo XVII y, sobre todo, en el XVIII.

Las Academias, sin dejar de ser reuniones de personas de cultura —eruditos y sabios, que, lógicamente, buscaban la compañía de sus iguales para hablar y discutir concertadamente de cuestiones culturales, artísticas, literarias o científicas —comienzan a tomar un carácter más reglamentado, con mayor presencia oficial y, lo que es más importante, se forman con la conciencia clara de ser portavoces de los nuevos tiempos e impulsoras de las corrientes de pensamiento que afloran en esa época.

El espíritu de la Ilustración penetra de un modo que podríamos denominar “militante” en estas instituciones y se crea una auténtica relación de amistad, de afinidad y de activa correspondencia, entre los distintos académicos de las diversas ciudades, hasta el punto de que se establece, de manera espontánea y sin voluntad de regulación alguna, una especie de comunidad de académicos que, por el mero hecho de serlo, se sienten cercanos unos de otros y poseen en común todo un acervo cultural y un mismo afán renovador de la sociedad de su tiempo.

Este esfuerzo de proyección social, de influir en el entorno, marca definitivamente la labor de las Academias en el siglo XVIII. El fervor académico se convierte en sinónimo de inquietud intelectual, espíritu crítico y entusiasmo innovador.

El amor por la ciencia, el gusto por la investigación y la reflexión filosófica, el desarrollo y fomento del saber y de la cultura, constituyen las señas de identidad más genuinas de las primeras Reales Academias en nuestro país.

En Andalucía prendió con fuerza este espíritu académico e ilustrado, punta de lanza de la modernidad, expresión de los ideales racionalistas y del buen gusto literario. Nombres como Manuel María de Arjona, Reinoso, Alberto Lista, Blanco-White, Manuel María del Mármol... nos trasladan a un momento de verdadero esplendor del pensamiento y del arte en nuestra tierra.

El inevitable enfrentamiento de estas y otras grandes figuras de la Academia con las rígidas estructuras universitarias de la época, dominadas por un escolasticismo decadente, la intransigencia del ambiente ideológico del momento; los prejuicios, censuras y resabios imperantes, procedentes de la esfera política del antiguo régimen y del tradicional mundo eclesiástico, junto con otros avatares históricos y políticos de todos conocidos, destinaron al sufrimiento y a la incompreensión a la mayoría de estos paladines de la libertad y de la tolerancia. Sin embargo, su impronta permanece viva y gracias a ella en posteriores y sucesivos momentos de la historia de nuestra Comunidad y de nuestro país, hemos podido recoger su herencia y conectar con ese ímpetu modernizador, liberal y secularizador, que forjó la línea de acción y de pensamiento de las Academias.

Así pues, Academia es sinónimo de respeto a la tradición cultural y también es sinónimo de progreso. Esa conjunción de espíritu protector, tutelar, del legado sapiencial de la Humanidad junto con la reivindicación de la libertad y autonomía del saber, propia del sentido de vanguardia de los auténticos creadores y descubridores en cualquier campo de la actividad intelectual humana, es justamente lo que representa la obra de las Academias hasta nuestros días.

Hablábamos, al comienzo, del tránsito que estamos experimentando en todo el mundo, pero especialmente en la órbita de Occidente, hacia una sociedad

post-industrial, en la que el eje fundamental alrededor del cual gira prácticamente todo el hacer humano es el conocimiento: desde los sistemas de producción hasta el sector de los servicios, pasando por la organización y utilización del tiempo dedicado al ocio. Todo está sostenido y penetrado por una serie de procedimientos tecnológicos cuyo punto de convergencia son las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación: de tal manera que todo hallazgo, todo descubrimiento o avance en cualquier campo del saber es susceptible de transformarse en lenguaje de la información, lo que es tanto como decir en material cognoscitivo. De todo ello se deduce la exigencia, para todas las personas que habitamos el planeta en este final de siglo, no sólo de poseer conocimientos precisos, sino también, la necesidad de un continuo impulso innovador que reclama el permanente reciclaje y adaptación de los ciudadanos y ciudadanas al entorno científico-técnico en el que viven .

Desde estos presupuestos no es difícil hacerse una idea de la importancia y relevancia de unas instituciones que, como las Academias, son herederas de una rica y viva tradición de cultivo del saber, difusión de la cultura y motor de transformaciones sociales.

Si, además, tenemos en cuenta que en nuestro tiempo la ciencia, la formación, el saber en general, están considerados como valores de interés público y factores imprescindibles de crecimiento socioeconómico y de desarrollo, entonces son todas las instituciones de la sociedad, sin distinción, las que han de participar en la tarea de creación, educación y difusión científica, artística, cultural, etc.

La Academia tiene por delante la gran misión de fomento del saber y está llamada a ser un valioso instrumento de comunicación fluida entre los diferentes núcleos generadores de cultura de nuestra sociedad. De este modo, contribuirá, eficazmente, a consolidar la cohesión social y la convivencia armónica en nuestra Comunidad Autónoma.

Pero, sobre todo, considero que las Academias, y ésta de Córdoba no es una excepción, han de ser centros estimuladores de la creatividad en todas sus dimensiones, de esta manera, aportarán un elemento decisivo para la actualidad y para el mañana: la visión crítica y orientadora de un mundo que al proceso continuo de mudanzas en el que está inmerso añade la velocidad, en ocasiones vertiginosa, con que se suceden.

Basten estas reflexiones en voz alta acerca de alguna de las funciones que las Academias pueden desempeñar en nuestros días para dar por concluida esta intervención.

Considero que la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba constituye un ejemplo vivo de este espíritu académico, ilustrado, promotor de la cultura y de la libertad de pensamiento. Como institución de estas características esperamos muchos frutos de su actividad en este curso de 1995-96, que ahora comienza.

Muchas gracias.